

Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación*

Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research

James M. Jasper**

Depto. de Sociología, Graduate Center of the City University of New York (CUNY), Estados Unidos.

cferrante@unsam.edu.ar

Resumen

Los últimos veinte años han asistido a un estallido en la investigación y la teoría sobre las emociones en la protesta y los movimientos sociales. Por un lado, algunas afirmaciones teóricas generales destacaron su importancia en diversos aspectos de la acción política; por el otro, se han reconocido los principios e influencia de ciertas emociones específicas como mecanismos causales. Este artículo ofrece algo intermedio: una tipología del proceso emocional orientada no solo mostrar que no todas las emociones funcionan de la misma forma, sino también a incentivar el estudio de cómo ellas interactúan entre sí. Esto debería también ayudar a superar una sospecha subyacente relacionada con que las emociones son irracionales, así como en el otro extremo evitar caer en una reacción exagerada, concretamente: que la manifestación de emociones siempre ayuda (y nunca perjudica) a la movilización y los objetivos de la protesta.

Palabras clave: solidaridad afectiva; energía emocional; liberación emocional; shock moral; orgullo; vergüenza

Abstract

The past 20 years have seen an explosion of research and theory into the emotions of protest and social movements. At one extreme, general theoretical statements about emotions have established their importance in every aspect of political action. At the other, the origins and influence of many specific emotions have been isolated as causal mechanisms. This article offers something in between, a typology of emotional processes aimed not only at showing that not all emotions work the same way, but also at encouraging research into how different emotions interact with one another. This should also help us overcome a residual suspicion that emotions are irrational, as well as avoid the overreaction, namely demonstrations that emotions help (and never hurt) protest mobilization and goals.

Keywords: affective solidarity; emotional energy; emotional liberation; moral shocks; pride

* Publicado originalmente en inglés bajo el título: "Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research" en: *Annual Review of Sociology*, volumen 37. 2011. pp. 285-304. Traducido con permiso de *Annual Review of Sociology*, © 2011 by Annual Reviews, <http://www.annualreviews.org>. Traducción del inglés: Lic. Gabriel Giannone. Colaboración: Dra. María Belén Espoz.

** Desde 2007 enseña sociología en el "Graduate Center of the City University" de Nueva York. Estudió economía en Harvard y sociología en Berkeley, y también ha impartido clases en Berkeley, Princeton, Columbia, New School y la Universidad de Nueva York. Sus mayores desarrollos se han realizado en el campo de la investigación y teorías sobre la cultura y la política, en especial las dimensiones culturales y emocionales de los movimientos de protesta.

Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación

Introducción

Hace veinte años las emociones estaban casi completamente ausentes de las consideraciones académicas sobre política, protesta y movimientos sociales. Se podía buscar en vano cualquier mención o entrada de índice (Goodwin, 1997: 53). Desde entonces han reaparecido, en un creciente flujo de artículos y libros, toda clase de emociones en el estudio sobre los movimientos sociales. Este trabajo explora lo que se ha aprendido de esa investigación y esa teoría, identifica algunos de sus límites, y sugiere por dónde se podría continuar.

Las emociones están presentes en todas las fases y aspectos de la protesta (aquí los términos movimientos sociales y protesta se superponen lo suficiente como para usarlos de manera intercambiable); motivan a los individuos, se generan en la multitud, se expresan retóricamente y dan forma a los objetivos manifiestos y latentes de los movimientos. Las emociones pueden ser medios, también fines, y otras veces fusionan ambos; pueden favorecer o dificultar los esfuerzos de movilización, las estrategias y el éxito de los movimientos. La cooperación y la acción colectiva siempre han ofrecido la oportunidad de pensar la acción social de una forma más integral; el retorno de las emociones es la última fuente de inspiración para ello.

Durante las dos últimas décadas el péndulo intelectual ha oscilado desde las teorías estructurales hacia las teorías culturales sobre los movimientos sociales. Estas incluyen la motivación para la acción, el sentido de los acontecimientos para los participantes políticos, los dilemas estratégicos y procesos de toma de decisiones, y la necesidad de una teoría de la acción que complementa la teoría del contexto estructural desarrollada en los 70's y 80's (Jasper, 2010a). Prácticamente todos los modelos culturales y los conceptos usados hoy (por ejemplo: marcos, identidades, narrativas) estarían mal encuadrados si no admitieran explícitos mecanismos

causales de tipo emocional. Aunque, sin embargo pocos de ellos efectivamente lo hacen.

El naciente sub-campo de las emociones en los movimientos se ha visto restringido por varias confusiones conceptuales que se reflejan en las más amplias ciencias sociales de las emociones. El primer problema yace en que el tradicional –pero insostenible– contraste entre emociones y racionalidad aun persiste en la forma de otros dualismos, tales como: cuerpo y mente, individual y social, o *afect* [*af-fect*]¹ y emoción (Massumi, 2002). Es necesario reconocer que sentir y pensar son procesos paralelos de evaluación e interacción con nuestros mundos, formados por similares estructuras neurológicas. Tal vez como reacción a estos dualismos residuales, los estudiosos de este sub-campo a menudo sólo se concentran en las emociones que colaboran con los manifestantes en lugar de estudiar –desde una perspectiva más amplia– aquellas que ayudan, perjudican o no interfieren (de igual manera sucede con otros conceptos tales como los recursos u oportunidades, que se tiende a retratarlos sólo como aspectos positivos).

El segundo problema alude a que los términos usados para ciertas emociones con frecuencia se toman desde el lenguaje natural de una forma intacta –siendo la ira y el miedo los más comunes– aunque en realidad refieran a diferentes clases de sentimientos. La ira, por ejemplo, puede sugerir una visceral ola de pánico por algo oculto, o una elaborada indignación sobre la insensibilidad de nuestro gobierno. La vergüenza, a su vez, tiene al menos dos formas diferentes: una (que se observa también en los no-humanos) se basa en la humillación física,

¹ *Nota del Traductor:* Hemos incluido palabras o frases entre corchetes para hacer indicaciones de traducción. En ciertos casos se destaca la expresión usada en inglés por el autor, en otros se traducen los términos que se prefirió dejar en su idioma original.

una especie de intimidación; y la otra, en un código moral compartido que se ha visto transgredido. En tanto somos científicos sociales, necesitamos afirmarnos en estas etiquetas del lenguaje natural –que, después de todo, definen profundamente las maneras de pensar y actuar de las personas– pero también debemos realizar mejores distinciones analíticas entre ellas.

Un tercer problema es que los enunciados sobre este tema se realizan de una manera general, unificando diferentes clases de sentires. La palabra emoción, al igual que su equivalente en muchos idiomas, abarca numerosas expresiones, interacciones, sentimientos, y términos; y aunque los investigadores consideran que se desarrollan subcategorías adecuadas a cada cosa así definida (Griffiths, 1997; Gould, 2009; Lefranc & Sommier, 2009: 27), la mayoría sigue observando y teorizando sólo sobre un subtipo específico, mientras le aplica a éste el rótulo de emoción. Cuando sus modelos se aplican incorrectamente a otro subtipo se produce una confusión. Finalmente, se mantienen en pie sólo unas pocas aserciones genéricas respecto a la categoría emoción.

Para abordar los tres problemas, he presentado anteriormente (Goodwin *et al.*, 2004; Jasper, 2006a) una tipología básica de sentimientos basada en su duración y la forma como se sienten.

Las *pulsiones [urges]* son fuertes impulsos corporales difíciles de ignorar, tales como el deseo, la adicción a sustancias, o la necesidad de dormir o defecar (Elster, 1999b). Si bien rara vez se las considera emociones –aunque claramente son sentimientos– pueden incidir en el campo político al interferir con la prometida acción coordinada, razón por la cual los organizadores intentan controlarlas (al igual que lo hacen los torturadores para lograr que las personas se quiebren).

Las *emociones reflejas* son reacciones a nuestro entorno físico y social inmediato; por lo general se manifiestan y se aplacan rápidamente, y son acompañadas por un conjunto de expresiones faciales y cambios corporales (Ekman *et al.*, 1972). La mayoría de los autores las asume –ya sea miedo, ira, alegría, sorpresa, disgusto, conmoción, etc.– como el paradigma de todas las emociones, y por lo tanto exageran en cualquier emoción sus rasgos de intensidad, celeridad, y capacidad disruptiva.

Los *estados de ánimo* perduran en el tiempo –de allí que podamos trasladarlos de un entorno a otro–, y se diferencian de las emociones porque carecen de un objeto directo (Damasio, 2003: 43; mi

clasificación no está lejos de la suya). Estos condicionan nuestras emociones reflejas y al mismo tiempo son transformados por ellas.

Existen otros dos tipos relativamente estables y de largo plazo que a menudo constituyen el trasfondo de los estados de ánimo y las emociones reflejas (Traïni –2009b: 194– las llama “reflexivas”, a diferencia de “reflejas”). El primero, las *lealtades u orientaciones afectivas* son apegos o aversiones: amor, simpatía, respeto, confianza, admiración, y sus equivalentes negativos. Están menos ligadas a evaluaciones de corto plazo respecto a la forma como vivimos y más a valoraciones cognitivas elaboradas en relación a los otros (aunque sus objetos no necesariamente son humanos). Por otra parte, las *emociones morales* –el segundo tipo– se refieren a los sentimientos de aprobación o rechazo basados en intuiciones o principios morales; asimismo están relacionadas con la satisfacción de hacer lo correcto (o incorrecto), y también con la de sentir lo correcto (o incorrecto), como por ejemplo la compasión en torno a los desamparados o la indignación frente a una injusticia.

Muchos de los modelos generales sobre emoción se basan en alguna de estas categorías y consideran escasamente a las otras. La clasificación presentada aborda el primer problema descrito más arriba, ya que un excesivo énfasis en las emociones reflejas insinuaría que en general las emociones tienden a llevarnos a cometer errores, tal vez incluso al extremo de la irracionalidad. Por otra parte también colabora con el segundo problema, diferenciando –por ejemplo– entre la vergüenza como un sentimiento permanente de inadecuación moral (como en el sistema de castas) y la vergüenza refleja como una reacción a una intimidación física.

Fuentes

Hasta los años sesenta los observadores utilizaban las más evidentes emociones de la protesta para desestimar a los manifestantes como irracionales o inmaduros; desde ese entonces hasta los noventa, se rechazó cualquier emoción en un esfuerzo por demostrar la racionalidad de estos manifestantes (Goodwin *et al.*, 2000). Incluso los investigadores con alguna orientación cultural estaban más concentrados en los códigos cognitivos que en las experiencias sentidas. En la década del noventa, el péndulo intelectual comenzó a oscilar en dirección contraria con el “retorno de lo reprimido”. Los estudiosos de la protesta recurrieron eclécticamente a diversas teorías sobre las emociones.

Una sociología de las emociones específica ya había madurado en los ochenta. *The Managed Heart* (Hochschild, 1983) describía la gestión de las expresiones emocionales en función de ciertas “reglas del sentir” culturalmente fundadas, especialmente aquellas que eran impuestas por los empleadores en forma de explotación. Este libro eclipsó las demás líneas centrales de esta emergente sociología: el vínculo sistemático de Kemper (1978) entre las reacciones emocionales y la posición de un individuo en una jerarquía de estatus y poder; y la teoría del control afectivo de Heise (1979), sobre cómo reaccionamos frente a expectativas impedidas. Ninguno de estos influyentes trabajos estuvo directamente interesado por la política, a pesar de que una de las tempranas discusiones de Hochschild (1975) sobre la emoción –que se relacionaba con las mujeres y la ira– fue publicada en un volumen feminista. Aún en nuestros días estas tradiciones no se han aplicado a la acción política de una forma exhaustiva y sistemática (Cf. Britt & Heise, 2000; Kemper, 2001).

Otra influencia fue la discusión de Collins (1975) sobre la energía emocional que se genera en los rituales colectivos –llamada por Durkheim “efervescencia colectiva”–. En el marco de su teoría del conflicto, las emociones y la atención son valores por los cuales las personas compiten, y el entusiasmo y la solidaridad los conducen hacia la acción colectiva. Una vez que las emociones habían regresado al estudio de los movimientos sociales, tanto Collins (2001 y 2004) como Kemper (2001) trabajaron sobre algunas consecuencias de sus teorías para la acción política (como se señala más adelante).

En los noventa diversos investigadores, desde diferentes perspectivas teóricas, comenzaron a analizar las emociones de la protesta. Los modelos de elección racional fueron una de sus principales fuentes de crítica, puesto que la restringida definición de esta tradición sobre la racionalidad –como maximización deliberada– sugería que los individuos tienden a ser racionales, pero al mismo tiempo, dejaba la impresión de que existen pocos ámbitos racionales para participar a diferencia del *free riding* [oportunismo, especulación] (Olson, 1965). Flam (1990) propuso un modelo de “hombre emocional” para complementar tanto los paradigmas egoístas de la economía como los arquetipos morales del altruismo, que frecuentemente se presentaban como opuestos. Ferree (1992: 32) también criticó la tradición de la elección racional por hacer de “la ambivalencia, el altruismo y la experiencia emocional” algo “invisible e irrelevante”. Aunque estos cuestionamientos a la teoría de la acción racional significaron

un útil acicalado, tuvieron de entrada algunos límites para el análisis de las emociones. Los analistas debieron aceptar gran parte del lenguaje e individualismo de esta teoría con el fin de llevar a cabo un diálogo, y pronto algunas teorizaciones interesantes sobre las emociones surgieron desde la propia tradición de la elección racional, especialmente en el trabajo de Elster (1999a; 1999b). El feminismo inspiró una crítica de alcance más amplio, no sólo respecto a los modelos académicos sino en general al pensamiento occidental, por ignorar, rechazar y menospreciar el rol de las emociones en la vida social y política. Jaggar (1989) y otros pusieron en cuestión varias de las dicotomías usadas para denigrar a las mujeres: mente y cuerpo, pensar y sentir, público y privado, etc. (Calhoun, 2001). La asociación entre las mujeres y las emociones era injusta y perjudicial en tanto norma pero quizás (por esa misma razón) certera en tanto descripción; Hochschild hizo hincapié en el hecho de que se las explota al requerírseles mayor trabajo emocional que a los hombres. “Por falta de otros recursos”, según Hochschild (1983: 163), “las mujeres crean un recurso a partir de los sentimientos”, en parte gracias a las capacidades de gestión de las emociones que se les exige desarrollar durante su socialización infantil de género (las dicotomías que las feministas atacaban fueron a veces un blanco de tiro porque las mujeres se veían disuadidas a sentir ciertas emociones, especialmente la ira). Taylor (1996) y Hercus (1999) aportaron un análisis feminista de la supresión de la ira para el estudio de los movimientos sociales (así como de otros procesos emocionales; Taylor, 1995; Taylor y Rupp, 2002).

El análisis emocional iniciado por el feminismo fue profundizado por el giro *queer* en los estudios sobre acción colectiva. En una situación normal en la cual determinados movimientos sociales son los que inspiran la investigación y la teoría, las controversias feministas sobre el sexo y la sexualidad, y luego la ACT UP (*AIDS Coalition to Unleash Power* [Coalición del SIDA para Desatar el Poder]) y otros grupos relacionados con el VIH/SIDA, encendieron el trabajo sobre la identidad colectiva (Taylor & Whittier, 1992; Stein & Plummer, 1994) y sobre la cultura –finalmente la cultura emocional– de los grupos en protesta (Gamson, 1995; Gould, 2001; 2003; 2009).

Por décadas el psicoanálisis había brindado la única caja de herramientas seria para hablar sobre las emociones en la política (ej. Lasswell, 1948; Smelser, 1968). Su promesa perdió intensidad en los 70’s y 80’s, mientras la psicología cognitiva se des-

arrollaba como una alternativa (Jasper, 2004b). El imaginario hidráulico de Freud sobre los flujos libidinales (primero a través del individuo –ya sea sublimado o liberado sexualmente–, luego en el sistema social) se basaba en un radical conflicto mente-cuerpo que era cada vez menos sostenible. Goodwin (1997), no obstante, lo aplicó provechosamente a las tensiones diádicas en la rebelión Huk en Filipinas, ya que ciertos documentos internos Huk mostraban la manera en que los líderes luchaban para evitar el abandono de sus miembros para estar con sus esposas e hijos –al extremo de permitirles tomar “esposas del bosque” en los campos de armas–. Las disyuntivas entre diferentes objetos de afecto pueden tener una base social (tiempo y cuidado restringidos) en lugar de estar fundadas en impulsos corporales.

El construccionismo cultural ofreció otras herramientas útiles para comprender las emociones en la política, especialmente al proponer que las emociones forman parte de la cultura junto con la cognición y la moralidad (Jasper, 1997). Los mecanismos emocionales pudieron detectarse como subyacentes a numerosos procesos que de otra manera hubieran sido asumidos como cognitivos –tales como el alineamiento de marcos o la identidad colectiva– o como estructurales –como las oportunidades políticas y el sistema social (Jasper, 1998). El enfoque cultural tiende a resaltar el trabajo retórico y performativo que realizan los organizadores para erigir sensibilidades y generar shocks morales que conducen a las personas a la participación (Alexander *et al.*, 2006; Tilly, 2008; Broqua & Fillieule, 2009).

Sin dudas, las emociones no estaban por completo fuera de los vocabularios académicos en los años setenta: Lofland (1982) se maravillaba por la alegría de las masas; Gamson *et al.* (1982: 123) describían el recelo, la hostilidad e ira que contribuyen a un marco de injusticia. La situación de falta proveyó una manera de incorporar estas ideas en una teoría de la acción más amplia. Incluso Gamson (1992), al reclamar por un enfoque sociopsicológico, no incluyó su propio trabajo sobre las emociones. La perspectiva cultural prometió una visión de la acción política que reconociera a las emociones en diversas formas y entornos (Jasper, 1997), pero muchos investigadores orientados culturalmente no fueron más allá de sólo dar cuenta de ellas (Krinsky & Barker, 2009).

En la última década emergió un panorama más fundamentado sobre las emociones, que los

científicos sociales pueden poner en funcionamiento en su investigación empírica. De acuerdo a Nussbaum (2001: 23), “las emociones siempre implican la idea de un objeto junto con la idea de su prominencia o importancia; en este sentido, siempre involucran apreciación o evaluación”; son además prominentes o importantes “para el florecimiento de la persona misma” (2001: 30). La autora conduce entre las insidiosas imágenes de la emoción como una alteración corporal automática o como una conciencia reflexiva excesivamente deliberada. Las emociones representan una forma de tratamiento de la información, a veces más veloz que nuestra mente consciente (Leventhal & Tomarken, 1986); pasan por diversas partes del cerebro, al igual que lo que llamamos cognición; pueden ser observadas en un estudio por resonancia magnética, tal como ocurre con los pensamientos más formales; y ayudan a los seres humanos a negociar con el mundo que los rodea. Aunque considero que esta visión tiene sus límites –tiene problemas con los estados de ánimo no referidos directamente a objetos y con las lealtades afectivas que perduran en el tiempo– es un certero punto de partida (y compatible con otros teóricos, tales como Ben-Ze'Ve, 2000; Marcus, 2002; Damasio, 2003). Ante todo, sugiere que cada emoción se corresponde con las distintas cosas que nos preocupan, con las diferentes metas que podamos tener.

Objetivos de la acción política

Muchos científicos sociales ignoran los diversos propósitos que persiguen los seres humanos o, en contraste, asumen conocer los más importantes. La postulación de un único fin facilita el cálculo matemático pero elimina nuestra habilidad para observar a las personas lidiando con un conflicto de intereses. Las emociones nos fuerzan a ser claros respecto al tema de los objetivos, debido a que ambos están estrechamente entrelazados. En un trabajo sobre el compromiso estratégico clasifiqué –en líneas generales– los objetivos humanos como *reputación, vínculo, sensualidad, impacto sobre el mundo, y curiosidad* (Jasper, 2006b). Es posible verlos a todos actuar en los movimientos sociales, algunas veces estimulándolos y otras fragmentándolos (aunque, por ejemplo, la curiosidad es más importante para los movimientos artísticos e intelectuales que para los políticos). De manera paralela, también pueden observarse distintas emociones asociadas a la forma como llevamos adelante nuestra lucha por estos diversos objetivos.

Reputación

La reputación es uno de los móviles humanos más comunes: la inquietud por el debido honor, el orgullo y el reconocimiento de la propia humanidad (Honneth, 1995). Muchos de los movimientos que parecen interesados instrumentalmente por el poder o sus beneficios materiales, están de igual forma motivados por la preocupación respecto a la dignidad humana que suponen los derechos políticos (Wood, 2003; Jasper, 2010b). El orgullo en la identidad propia no es una meta exclusiva de los mal llamados nuevos movimientos sociales del mundo industrial avanzado.

Durante años Scheff (e.g., 1990) ha mostrado el impacto del orgullo (y su opuesto, la vergüenza) en diferentes escenarios institucionales; “el orgullo genera y señala un vínculo seguro, al mismo tiempo que la vergüenza genera y señala un vínculo amenazado” (Scheff, 1994: 3). La vergüenza no reconocida, en particular, “conduce directamente a la ira, la ofensa y la agresión”, tal como lo demuestra el autor en su explicación de los orígenes de la primera y segunda guerras mundiales (Scheff, 1994: 5). Él observa la interpelación de Hitler a los alemanes de los años treinta a partir del rastreo de las manifestaciones de vergüenza de éste, y nos otorga una provechosa lista de claves verbales y visuales que nos permiten comprender esas emociones. Como consecuencia, cuando las partes de una interacción albergan vergüenza no reconocida, se hace más probable una escalada de violencia y una polarización. Siguiendo a Scheff, Stein (2001) encontró signos de esa vergüenza –en especial vergüenza derivada– en sus entrevistas con los cruzados cristianos anti-homosexuales.

Muchos movimientos de protesta giran en torno a los intentos de transformar la vergüenza en orgullo. En un ensayo sobre la liberación gay, Britt y Heise (2000) rastrean la emergencia del orgullo desde su contrario a través de los procesos de control afectivo que involucran al miedo, y luego, a la ira. Gould (2001; 2003; 2009) trabaja sobre la vergüenza no reconocida y la irrupción del orgullo en la radicalización del activismo gay y lésbico a fines de los años ochenta. Los movimientos por grupos estigmatizados enfrentan un dilema estratégico: intentan suprimir los estereotipos sobre el grupo –o incluso las propias categorías que los avergüenzan– pero de todas maneras usan esas mismas identidades para movilizar a sus seguidores; en algún punto están luchando para socavar sus propias fuentes (Gamson, 1995; Jasper, 2010b).

Si el orgullo por el grupo propio es un objetivo central, otro es la deshonra a sus propios enemigos. Especialmente luego de sufrir humillaciones, la venganza se puede convertir en un fin primordial, como ocurre en el caso de los hombres-bomba palestinos (Brym, 2007: 42). Lebow (2008) ha defendido la centralidad del honor como motivación en la política internacional y en la política en general.

Si el castigo a los enemigos ha sido históricamente una obsesión masculina –impulsada por la vergüenza no reconocida–, la acción colectiva de las mujeres y sus sucesores muestran un objetivo inverso: la reparación emocional de la imagen propia. Ante la premisa de que ellas han sido maltratadas y oprimidas, muchos movimientos femeninos de autoayuda han intentado deshacer el daño mediante la reparación de su experiencia emocional. Al afrontar el *dilema de Jano* (Mansbridge, 1986; Jasper, 2006b: 125) estos movimientos con frecuencia se han concentrado en orientarse [*reaching in*] a asistir las necesidades de sus propios miembros en lugar de orientarse [*reaching out*] a arreglar el mundo –o al menos así lo han manifestado muchos críticos (Echols, 1990; Brown, 1995). Una perspectiva que privilegie un excesivo enfoque interno, afirman, crea una mentalidad de víctima y una política de resentimiento.

Otros han defendido la reparación emocional lograda a partir de los movimientos de autoayuda y otros semejantes. Analizando la depresión postparto, Taylor (1996) mostró cómo las mujeres que no tuvieron la sensación “adecuada” combatían las cándidas normas de la sociedad norteamericana sobre la maternidad. Su estudiante, Whittier (2009), ha rastreado varias décadas de disputa sobre el abuso sexual infantil; lejos de centrarse exclusivamente en una reparación interna, ella encontró esfuerzos para equilibrar la disyuntiva de Jano: “la vergüenza que sintieron las víctimas tras haber sido objeto de abuso no era un simple artilugio psicológico, sino también un producto de fuerzas sociales; por lo tanto, desafiar esa vergüenza mediante el trabajo emocional en grupos de autoayuda y hablar públicamente sobre las experiencias propias no era un simple cambio emocional, sino un cambio social” (Whittier, 2009: 68). Si la vergüenza es la emoción central que necesita ser reducida, parece ser necesario un poco de esfuerzo público en tanto esta implica imaginarse a uno mismo en los ojos de los demás. Las luchas por la identidad deben desplegarse en dos frentes, al mismo tiempo internos y externos a un grupo.

Vínculo

Si las cuestiones referidas a la reputación con frecuencia motivan la participación, un sentimiento de pertenencia al grupo logra a menudo que las personas permanezcan dentro. El sentido de pertenencia es una necesidad humana básica que involucra emociones de amor (Berezin, 2001), orgullo (Scheff, 1994), y entusiasmo (Collins, 2004). Esta identificación va más allá que las alegrías reflejas de masa de Lofland (1982), proveyendo compromisos afectivos que tienden a persistir. La identidad colectiva ha sido un tema de moda en los últimos años, ejerciendo su impacto causal a través de las lealtades afectivas que produce (Jasper, 1998; Polleta y Jasper, 2001; Flesher Fominaya, 2010). Las lealtades grupales amplían la lista de metas de un individuo al incluir beneficios para el grupo, más allá de los que recibe ese individuo como miembro. Esas metas no son del todo egoístas, ni tampoco plenamente altruistas (Flam, 1990).

Otros vínculos pueden alejar a las personas de los esfuerzos colectivos. Goodwin (1997), como se discutió antes, muestra cómo el afecto por la familia y los compañeros sexuales puede interferir con la lealtad y el cumplimiento de los deberes con el colectivo (también en Klatch, 2004). Estas tensiones entre el afecto a la familia y a la rebeldía están cerca de lo que denomino el Dilema de *Band of Brothers* en la interacción estratégica: un grupo intenta atraer la lealtad afectiva de un individuo, pero esa lealtad está con frecuencia centrada en una subunidad del mismo; tal como los soldados son a menudo más leales a los miembros de su propia unidad de combate (Jasper, 2004a: 13). La misma amistad o atracción sexual que podría llevar a los individuos hacia un movimiento puede también evitar que amplíen su lealtad al grupo completo.

Sensualidad

Las satisfacciones sensuales de corto plazo también dirigen la acción humana: el deseo que no alcanza al amor; la eliminación del dolor; el apetito por las drogas, el alcohol o la comida. Este tipo de pulsiones no son normalmente una motivación para la acción política (mucho menos las pulsiones negativas, tales como la necesidad de dormir o defecar); pero pueden afectar la acción coordinada, por lo que los organizadores deben intentar suprimirlas o facilitar su alivio. Con mayor frecuencia, las pulsiones entran en la política como una forma de represión, a veces incluso como tortura. Pueden ser manipuladas de forma tal que no podamos hacer nada

hasta satisfacerlas, especialmente el dolor intenso que elimina cualquier otro interés (aunque también es posible girar el control de nuestros cuerpos contra nuestros captores, como ocurre en las huelgas de hambre –Siméant, 2009). Los móviles sensuales tales como las pulsiones privilegian lo inmediato por sobre los proyectos de largo plazo, a veces afectando a estos últimos, aunque eso no significa que ellas sean irracionales.

Impacto

El deseo de producir un efecto sobre el mundo es otra gran familia de motivaciones, junto con las emociones que conlleva. En los movimientos sociales, este deseo proviene a menudo de una perspectiva moral –o una ideología– que sugiere que el mundo debería ser diferente a como es. En sus intentos de obtener apoyo, los activistas deben balancear los placeres de conseguir un impacto con una continua sensación de miedo, ira, y amenaza que demanda la acción constante. Las ideologías, a su vez, deben describir al movimiento como teniendo la historia de su lado –pero solo en el final, algún día (Voss, 1994)–. Las emociones que mantienen la energía y la confianza se verán socavadas por una excesiva sensación de éxito. La confiada expectativa de un impacto es tal vez el mayor incentivo a la acción (Gupta, 2009). La esperanza es a menudo el polo positivo de lo que llamo batería moral: la combinación de emociones positivas y negativas que, a través de su contraste, proveen energía a la acción.²

² **Baterías morales:** La combinación e interacción de emociones son cruciales para la acción, aunque se las ha estudiado relativamente poco aún. Una categoría que llamo batería moral consiste en una emoción positiva junto a otra negativa; su tensión o contraste motiva la acción o demanda atención. Una emoción puede fortalecerse cuando implícita o explícitamente la enfrentamos con su opuesta, tal como funciona una batería a través de la tensión entre sus polos positivo y negativo.

El orgullo y la vergüenza son la batería más estudiada, en especial por los movimientos de lesbianas y gays, en los que los activistas intentan explícitamente movilizar a los participantes con la promesa de transformar la vergüenza en orgullo. Debido a que la primera es des-energizante, se deben avivar ciertas dosis de orgullo, a veces a través de pequeñas victorias políticas pero más a menudo a través de un lento trabajo identitario. La satisfactoria auto-aceptación que significa el orgullo es más movilizadora aún si en el momento actual se desapruueba en uno mismo una emoción moral dolorosa.

La pena y la alegría forman otro conjunto, que noté por primera vez en un estudio sobre el movimiento por los derechos del animal: las revistas y los folletos muchas veces alternaban entre artículos sobre animales maltratados y familias de animales felices que habían sido rescatados o que habían vivido en la calle. Tal como el lector se puede imaginar, con el cambio desde

La frustración por no generar impacto, o a veces por no ser escuchado, muestra por qué a menudo los manifestantes asumen como meta los procedimientos gubernamentales que no han logrado protegerlos o ayudarlos (sobre retórica procedimental, ver Gordon y Jasper, 1996). La indignación frente al propio gobierno puede ser especialmente movilizadora, ya que involucra un sentimiento de traición. En un extremo, la represión violenta de una protesta pacífica es una fuente habitual de shock moral, llamado “reacción” por Hess y Martin (2006), quienes también describen las técnicas usadas por las autoridades y los manifestantes en la lucha por la comprensión emocional de esta reacción (Martin, 2006). La furia contra la represión estatal, lejos de restringir la protesta, muchas veces puede incitarla (Brockett, 2005). Una de las más profundas satisfacciones de la acción colectiva es una sensación de confianza y capacidad de agencia [*agency*], un fin que a su vez se convierte en un medio para la acción futura (Wood, 2003). Ya comenzamos a ver una compleja interacción emocional entre medios y fines (que se detalla a continuación): la consecución de los fines primordiales puede desmovilizar la propia parcialidad a través de la autocomplacencia y movilizar a los oponentes a través del miedo y el sentimiento de amenaza (Jasper y Poulsen, 1993).

Medios de acción

En nuestra experiencia cotidiana generamos y expresamos nuestras emociones y las de los otros como una manera de conducir nuestra vida. Al usar “aparatos sensibilizadores”, tales como ciertas propiedades físicas y acciones rituales (Traïni, 2009b), los organizadores intentan despertar emociones para atraer nuevos miembros, mantener el compromiso y la disciplina de quienes ya están en el movimiento, y persuadir a quienes se encuentran fuera. La primera tarea que enfrentan es animar a una persona a transformarse de espectador en participante. Si las emociones implican un monitoreo y una evaluación del mundo que nos rodea, entonces deberían ayudarnos a comprender esos momentos

un estado deplorable a otro saludable y de satisfacción, el acto implícito estaba claro: se debía rescatar a los animales en pena y torturados.

Una forma más genérica de batería moral mezcla la esperanza por el cambio futuro con el miedo, la ansiedad, y otros sufrimientos del presente. Los organizadores más exitosos exageran la promesa del futuro tanto como el sufrimiento del presente. El terrible contraste entre la manera como son las cosas ahora y la forma en que podrían ser ayuda a motivar la protesta y la acción política.

extraños –pero importantes– en que los sujetos ponen en cuestión o abandonan la rutina en favor de nuevas formas de actuar y pensar. Estos compromisos estratégicos, aunque alejados de la acción habitual, son muy influyentes (Jasper, 2006b).

Centrar la atención

Las emociones ayudan a centrar la atención de un actor sobre una parte su mundo. Los politólogos formulan la idea de ansiedad: “al generarse cuando se violan las normas, mientras más se transgreden esas normas, y mientras más centrales son estratégicamente para las personas, mayor es la ansiedad” (Marcus et al, 2000: 138; también en Neuman et al, 2007). Ante nuevas contingencias los sujetos prestan mayor atención, moviéndose desde rutinas preconscientes hacia una recolección más reflexiva de información. En otras palabras, además de un “sistema de disposición” que nos permite desarrollar hábitos útiles a los que no prestamos mayor atención, estamos también dotados de un “sistema de supervisión” que “actúa para analizar en el entorno la novedad y la irrupción súbita de un peligro” (Marcus et al, 2000: 10). Cuando los votantes se sienten amenazados, sus emociones reflejas los llevan a buscar información adicional y a procesarla de forma más minuciosa. (Las emociones, especialmente las lealtades afectivas, también operan en el sistema de disposición, por supuesto).

Esta ansiedad también ayuda a incorporar gente para nuevas formas de acción, incluida la protesta. Una manera en que los activistas intentan el reclutamiento es a través de la creación o el aprovechamiento de shocks morales: informaciones o eventos que (al igual que los experimentos de ruptura de la etnometodología –Benski, 2005– o las desviaciones de la teoría del control afectivo) les sugieran a las personas que el mundo no es lo que pensaban. Su malestar visceral los conduce a veces a la acción política en busca de una reparación (Jasper, 1997). Los shocks morales han favorecido la incorporación de individuos al movimiento por los derechos del animal (Jasper y Poulser, 1995), el movimiento por la paz en América Central (Nepstad y Smith, 2001; Nepstad, 2004), el abolicionismo (Young, 2001), los movimientos antiracistas (Warren, 2010), y el famoso *Madres* en Argentina (Risley, 2011).

Tal como señala Mika (2006), la retórica y las imágenes fuertes que logran conducir a algunos hacia el activismo, pueden también disuadir o incluso molestar a la mayoría –otro caso del Dilema de

Jano entre orientarse hacia el adentro y el afuera de un movimiento—. Las publicidades mostradas por Personas a favor de un Tratamiento Ético a los Animales (PETA, *por sus siglas en inglés*) ante grupos focales que representaban la opinión pública, a menudo discrepaban con las perspectivas básicas de los participantes respecto a la nación o la religión, en especial porque PETA se refería a esos otros valores de una forma superficial. Por su parte, Wettergren (2005) muestra la forma en que los activistas anti-corporaciones han intentado administrar shocks morales por medio de anuncios para el público en general, aunque no tiene evidencia respecto a su efectividad.

Scheff (2006), al analizar un memorial contra la invasión a Irak, sostiene que los shocks morales se fundamentan en la sorpresa, la “sintonía” emocional con otros (orgullo, en Scheff), y el reconocimiento de un emoción previamente oculta (dolor, en su ejemplo); aunque algunos de quienes observaron el memorial experimentaron una negación de la sintonía, es decir, una oposición a cualquier vínculo humano con el enemigo. Según el autor, la conversación con los que cuidan el memorial, en especial con él mismo, ayuda a quienes están en estado de negación a reconocer su dolor, lo cual es el propósito del memorial (¿este alude a los muertos o a la guerra?) Los shocks morales son con mayor frecuencia parte de un flujo de acción hacia el activismo político, no un simple gran salto (Gamson, 1992: 73); no cambian los valores subyacentes de las personas; solo los aclaran o los activan.

Radicalización

Gould (2009) propone otra función para los shocks morales: a veces llegan a quienes se encuentran ya participando en un movimiento social con un efecto de radicalización o refuerzo de su compromiso. En 1986, el caso *Bowers contra Hardwick* tuvo dicho efecto en los movimientos por los derechos de gays y lesbianas en Estados Unidos (Gould, 2009, capítulo 2). El caso *Roe contra Wade* tuvo un impacto similar sobre una atenta –y a esa altura, antiabortista– porción de la población en 1973 (Luker, 1984). Los shocks morales pueden redirigir o revivificar los esfuerzos existentes. *Roe* le informó a una alerta opinión pública sobre cuán común era efectivamente el aborto; *Hardwick* le mostró a la comunidad gay y lesbiana cómo su propio gobierno apoyaba su opresión. Lowe (2006, capítulo 5) plantea que los shocks morales son especialmente factibles cuando

alguien adhiere a la ideología de un amplio movimiento que se presenta como “cuasi-religión”.

Manifestación retórica

Los shocks morales no son precisamente la única forma de retórica que usan los activistas. Además de reclutar nuevos miembros deben apelar a otros jugadores y al público espectador. Algunas de estas interpelaciones hacen uso de una manifestación de emociones; otras las intentan minimizar. Si las feministas suelen cuestionar una atribución emocional por género, en los movimientos por los derechos del animal en Carolina del Norte, Groves (1995; 1997; 2001) halló grupos que sacaban rédito de esas mismas normas emocionales como parte de su componente retórico. Activistas que, intentando restarle importancia a las emociones del movimiento con el fin de enfatizar sus fundamentos racionales, profesionales, e incluso científicos, se valían de portavoces masculinos a pesar de que el colectivo era en gran medida femenino: “ser sensible se convierte en legítimo cuando lo hacen los hombres; las mujeres pueden apuntar a la participación masculina en el movimiento para justificar la legitimidad de sus propios sentimientos sobre la crueldad animal” (Groves, 2001: 226). En los grupos de auto-ayuda y de protección animal, vemos la dinámica emocional del Dilema de la Innovación Cultural: en torno a si deben desafiarse o aprovecharse las perspectivas y sensibilidades existentes (Jasper, 2004a: 13). Las mismas mujeres pueden cuestionar las normas de sentir de género en tanto feministas y aprovecharlas en tanto protectoras de los animales.

Las manifestaciones emocionales envían señales tanto amenazantes como tranquilizadoras hacia las audiencias, dependiendo de lo que los grupos esperan de ellas. A veces las emociones deben manejarse con un estilo *cool* (Stearns, 1994). Un grupo de individuos rezando o cantando parece bajo control; no así uno gritando o corriendo (en términos de control afectivo, su nivel de actividad es mayor); ambos tipos de manifestaciones son útiles para diferentes propósitos, como parte del Dilema entre ser Malo o Bueno: los adversarios y las autoridades pueden rendirse ante una amenaza, o pueden redoblar sus esfuerzos frente a la contienda y la represión (Jasper, 2004a; 2006b: 106). Las emociones reflejas y morales generadas en estas interacciones influyen en que la represión tenga éxito o fracase.

Además de hacernos centrar la atención, sacarnos de nuestras rutinas, y persuadir a otros, las emociones ayudan a explicar nuestra continua in-

tervención en la acción colectiva. Para ser sostenible, la participación debe proveer algunas satisfacciones a lo largo del camino. Varios mecanismos emocionales colaboran con este propósito, incluyendo las solidaridades colectivas, los rituales de interacción, y otras dinámicas grupales.

Solidaridades colectivas

Como se discutió anteriormente, se han escrito bibliotecas enteras sobre las identidades colectivas y la política, abarcando desde el nacionalismo (e.g. Calhoun, 1997), las políticas de identidad norteamericana a partir de los años sesenta (Gitlin, 1995), hasta la emergencia los movimientos LGBTQ desde los noventa (Gamson, 1995). Alguna vez vistos como un ejercicio de construcción de memoria colectiva (Anderson, 1983) o el trazado de límites cognitivos (Taylor y Whittier, 1992), los trabajos recientes sobre identidades colectivas han examinado las lealtades afectivas involucradas, en especial el amor al grupo (Berezin, 2001) y el odio a los de afuera (Scheff, 1994; Le Cour Grandmaison, 2002; Mann, 2004). Estas logran que se conserve el entusiasmo de los miembros.

Los grupos parecen fortalecerse cuando comparten emociones reflejas en respuesta a ciertos eventos, y cuando comparten lealtades afectivas entre sí (lo que llamo, respectivamente, emociones compartidas y recíprocas –Jasper, 1998), con cada una contribuyendo a la otra. Como forma profundamente satisfactoria de reputación y vínculo, la identidad colectiva es un fin al mismo tiempo que un medio –un “logro emocional” en palabras de Yang (2000)–. Incluso las emociones compartidas de carácter negativo pueden fortalecer emociones recíprocas positivas: “Aun las experiencias de miedo o ansiedad, comunes en plena protesta, consiguen ser una fuerza importante para la creación de un sentido de colectividad y una potencia atractiva en la acción colectiva” (Eyerman, 2005: 43).

Rituales de interacción

En una síntesis de Durkheim y Goffman, Collins (2001; 2004; también Summers Effler, 2006) ofrece una teoría de la energía emocional que, generada en situaciones cara a cara, le provee a las personas conciencia sobre los grupos y una motivación para participar en empresas colectivas. Su modelo de ritual de interacción “explica las intensidades relativas de los compromisos del movimiento” y puede a su vez ayudar a dar cuenta de “la manera

en que los movimientos sociales se reúnen periódicamente, en ocasiones colectivas más o menos amplias, a veces para recrear la efervescencia que los puso en marcha, y otras veces para inculcar nuevas emociones, siendo una de las más efectivas la confrontación con los objetivos del enemigo” (Collins, 2001: 31). Si cualquier interacción puede producir energía emocional, y si esa energía se traduce en confianza que favorece el compromiso estratégico (Jasper, 2006b: 108), entonces esto constituye una teoría general e importante sobre las emociones en la política; señala emociones reflejas a medida que evolucionan en estados de ánimo, y en última instancia en lealtades afectivas, y ocasionalmente en emociones morales.

Los estados de ánimo se encuentran en el centro del modelo de Collins: la “energía emocional”. Basándose en Kemper (1978; 2001) distingue unas jerárquicas posiciones en curso que generan distintos niveles de energía emocional a largo plazo, de las interacciones que cambian esos niveles en el corto plazo; vinculando ambas partes al postular que quienes se encuentran en la cima de la jerarquía organizan las interacciones rituales para reforzar sus posiciones. Quienes poseen niveles descendientes de energía emocional se desaniman, no obstante aquellos con algún valor sobrante (y por lo tanto alguna capacidad para la resistencia y la agencia) pueden también sentirse afectados (Collins, 2004: 129). Si los rituales no logran incitar emociones, tal vez por ser demasiado habituales o confusos, fracasan; los rituales fallidos desalientan la participación (Summers Effler, 2010: 42). Los estados de ánimo se relacionan con los hechos para producir emociones reflejas de corto plazo.

El uso que Collins hace de Durkheim también sugiere alguno de los mecanismos que producen la alegría refleja de las masas. La locomoción colectiva y la música tienen una capacidad inusual para lograr que las personas se fundan en un sentimiento de satisfacción, tal vez debido a que tantas partes del cerebro y el cuerpo se involucran al mismo tiempo. La contribución de la música a los movimientos sociales ha sido a menudo analizada como si solo supusiera los mensajes cognitivos contenidos en sus letras, llenas de consignas ideológicas pegadizas y fáciles de recordar (Eyerman y Jamison, 1998; Roscigno y Danaher, 2004); pero la música tiene un fuerte impacto emocional en quienes cantan, bailan y se mueven juntos (McNeill, 1995). De la lista que realiza Traïni (2008: 60) sobre doce contribuciones que la música hace a la protesta, las primeras dos son explícitamente emocionales

(crear sentimientos favorables a la participación y posturas emocionales útiles), y dos más (refuerzo de la identidad grupal y demonización de los adversarios) se enraízan en compromisos afectivos.

Disciplina

En cualquier acción colectiva se debe controlar a los individuos para que hagan lo que se espera de ellos. Los organizadores deben prever, impedir o consentir pulsiones tales como la sed o la necesidad de orinar. El miedo es uno de los trastornos reflejos, ya que puede paralizar o infundir pánico a los sujetos –este era la emoción paradigmática de una buena parte de la teoría de masas. Goodwin y Pfaff (2001) identifican ciertos “mecanismos de estímulo” que emplean los organizadores para mitigar o controlar el miedo en los movimientos por los derechos civiles tanto en Estados Unidos como en Alemania Oriental: los íntimos lazos y el apoyo sociales, las emotivas reuniones de masas, la identificación con el movimiento, la fe en la victoria final, el escándalo, el adiestramiento en la desobediencia civil, y la cobertura mediática. Dos mecanismos adicionales de Estados Unidos eran la posesión de armas de fuego y la fe en la protección divina. Desde una perspectiva más amplia, Broqua y Fillieule (2009: 164) indican que los activistas trabajan tanto para suprimir como para expresar las emociones, mencionando como ejemplo los doscientos años que llevó domesticar e institucionalizar las manifestaciones callejeras (parte del “proceso de civilización” clasista de Elias –1978). Tal como lo hizo el movimiento de mujeres, la clase trabajadora debió demostrar que era lo suficientemente racional como para participar en política.

Dinámica grupal

La dinámica interna del grupo, crucial para mantener cualquier movimiento, es aún poco comprendida. Los líderes intentan minimizar las lealtades afectivas hacia cualquiera fuera del grupo y maximizarlas hacia el grupo o sus líderes (Goodwin, 1997). Owens (2009) muestra de qué manera las intensas emociones en torno al Dilema de Jano ayudaron a destruir el movimiento de okupas de Amsterdam. Lalach (2004) comparó al grupo *Heaven's Gate* [Puerta del Cielo] –que confiaba en ser llevado al cometa Halley para comenzar una nueva existencia incorpórea– con el Partido Democrático de los Trabajadores –una célula marxista-leninista en el área de la bahía de San Francisco de los años setenta y

ochenta–; ambos exigían a sus miembros adoptar nuevos nombres, cortar sus lazos externos, guardar silencio respecto a los compromisos afectivos previos (De modo interesante, los dos grupos desaconsejaban cualquier conversación sobre los sentimientos, incluso a pesar de que los líderes manipulaban las lealtades afectivas). Las emociones que son medios útiles para los líderes pueden ser perjudiciales para las bases en tanto individuos.

La dinámica emocional de los líderes y sus seguidores es ignorada con frecuencia, como parte de una amplia desatención de la sociología respecto a los primeros (Cf. Barker et al, 2001). Incluso un analista cultural como Melucci (1996) comprende al liderazgo como una serie de intercambios entre líderes y seguidores. Scheff (1994), en su análisis sobre Hitler, se refiere al rol de estos como un símbolo de sentires, pero provee escasa explicación de la estructura interna de los grupos y su dinámica. En su modelo, incluso una nación es relativamente indiferenciada: al describirlo como un análisis de parte/todo él salta entre la nación y el individuo en lugar de mostrar el trabajo organizacional y estratégico que los enlaza –la materia de la movilización de recursos, alianzas políticas, alineamiento de marcos, y otros trabajos organizativos–. Las emociones son cimientos potenciales claves para pasar del nivel micro al macro, aunque no los únicos.

El enfoque estructural de Kemper (1978; 2001; 2006) debería ayudar a explicar las emociones en los vínculos grupales, a pesar de no ser esta la completa teoría de las emociones que a él le gustaría. Las jerarquías de poder y estatus vigentes establecen expectativas para las interacciones, por lo que se producen emociones previsibles si estas expectativas se cumplen o no; por ejemplo, el miedo y la ansiedad son producto de una insuficiencia o reducción en el poder de uno, por otra parte la culpa es resultado de un exceso o aumento del mismo. Su modelo es complejo y funciona mejor para las emociones reflejas en sistemas sociales determinados. Debido a que la jerarquía interna, formal o no, también se desarrolla en los colectivos de protesta, la teoría debería funcionar aquí; es menos probable que lo haga en espacios políticos más amplios que carecen de jerarquías bien definidas. Emirbayer y Goldberg (2005) se basan en el pragmatismo para desarrollar un similar enfoque “relacional” de las emociones.

La fusión de fines y medios

A pesar de las múltiples maneras en que las emociones se vinculan íntimamente con los medios y los fines, con frecuencia también desdibujan la misma distinción entre ellos. Cualquier flujo de acción arroja un raudal constante de emociones, mientras más positivas sean –o más energía y entusiasmo generen– será más probable que los participantes persistan; las satisfacciones de la acción, desde una alegría por la unión a una afirmación de la dignidad, se vuelven una motivación tan importante como los objetivos declarados del movimiento. Muchos autores han estudiado los placeres y dolores de la protesta sin reconocer explícitamente las emociones que los comprenden. Los medios se convierten en metas, y estas –una vez alcanzadas– resultan medios para la acción posterior. Los medios y fines con frecuencia se fusionan. (Debido a que en su perspectiva los medios son los fines de la acción afectiva, Weber la situó en una categoría propia, en especial, a diferencia de la acción orientada a medios y la acción orientada a fines).

Como ejemplo, muchos movimientos intentan transformar las reglas del sentir. En el caso mejor documentado, antes discutido, las feministas pretendían hacer aceptable para las mujeres el hecho de expresar emociones negativas, en especial la ira. Hochschild (1975) mencionó la conclusión de Paul Ekman respecto a que ellas son más propensas a reprimir la ira, mientras que los hombres son más proclives a disimular el miedo; la ira se dirige hacia abajo en la jerarquía (Kemper, 1978); la razón es que ésta, como insistía Aristóteles, es un útil medio para reivindicar los derechos y el estatus propios. Al llamar auto-ayuda a “la raíz principal del feminismo”, Taylor (1996: 175) sostuvo que “la auto-ayuda de las mujeres juega un rol importante en el desafío de las normas emocionales alrededor del amor y la ira, y que está contribuyendo a un cambio histórico en la sociedad norteamericana hacia la libre expresión, el individualismo, y el desarrollo personal”. La habilidad para sentir y expresar las emociones asociadas a la agencia política –ira, indignación, orgullo, etc.– implica una suerte de “liberación emocional” (Flam, 2005) tan necesaria como la “liberación cognitiva” (McAdam, 1982).

Estos cambios en la manifestación emocional, dejándola menos anclada en el género, han sido un propósito central del movimiento de mujeres; pero la habilidad para expresar la ira es también un medio para desafiar las injusticias, una parte normal de la mayoría de los movimientos de protesta. (De

acuerdo a Salomon –1971–, Mao enfrentó un desafío similar para superar la reticencia de los campesinos a expresar su ira). En tanto se relajan las restricciones de género, las mujeres adquieren nuevas formas de actuar en su propio interés. Una vez más, este patrón es común a los movimientos sociales (y todo compromiso estratégico): alcanzar un objetivo colabora en la conquista de los futuros. Por esta razón ha habido cierta confusión respecto a los propósitos de los colectivos: ¿la movilización misma es un fin o simplemente un medio? Es ambos, una satisfacción en sí misma pero también una contribución a la acción futura.

Los estados de ánimo son centrales en la interpretación de los medios y fines. Cada victoria, por pequeña que sea, produce confianza, interés, y energía emocional; todas las cuales son ventajas para la posterior acción (Jasper, 2006b: 108). Collins (2004) observa que la energía emocional generada en una interacción ofrece a las personas confiados estados de ánimo de los que pueden servirse para sus relaciones futuras, especialmente cuando han creado símbolos evocables. Estos mecanismos pueden ayudarnos a comprender muchas de las oportunidades de la teoría del proceso político, por ejemplo. Un suceso tal como *Brown contra el Consejo de Educación* en 1954 fue menos una señal de fragilidad del gobierno racista que la fuente de esperanza sobre que las victorias eran posibles (Jasper, 1997: 118). A la par de la consiguiente ira refleja de la supremacía blanca, esta esperanza operó como el polo positivo de una batería moral.

La ira, la cólera y otras emociones agresivas no siempre representan un abordaje cautivante; ellas comprometen a los manifestantes en el Dilema Malo/Bueno (Jasper, 2006b: 106). Sin duda los manifestantes se sienten mejor evitando este dilema que teniendo sus opciones restringidas porque las expresiones emocionales insumisas se vean excluidas desde el principio, haciéndolos más predecibles para sus adversarios. (Holmes –2004: 211– critica los enfoques que “asumen que el resultado político de la ira puede ser determinado de antemano”, pero en lugar de reconocer los dilemas estratégicos y la contingencia de la interacción estratégica simplemente la califica como “ambivalente”).

La ira se vuelve moral tanto como forma refleja. El tipo de ira alimentada por el movimiento de mujeres no es la misma que se siente cuando un gato sube arañando las piernas de alguien. Lo último es un reflejo rápido, que desaparece cuando se descubre que a su vez ese gato fue asustado por un pe-

ro. En cambio, la ira de las mujeres es una forma de justa indignación, una sensibilidad moral basada en un análisis de la injusticia tanto como en un visceral sentimiento de opresión. Las mujeres debieron aprender a dirigir su culpa hacia afuera, a verse a sí mismas como víctimas, pero también como lo suficientemente fuertes como para resistir. No se hace semejante trabajo cognitivo cuando pateamos al gato.

Si un ánimo de energía y agencia alimenta los esfuerzos conjuntos, así también lo hace el sentido de lealtad al colectivo propio. Hemos visto que la identificación colectiva es al mismo tiempo un fin en sí mismo, una satisfacción humana básica, y también un medio. El orgullo en el grupo propio, especialmente en su Valor, Unanimidad, Tamaño, y Compromiso morales [*Worth, Unanimity, Number and Commitment*] (El “despliegue WUNC” de Tilly –2004–, al cual ante todo entendió como orientado hacia las audiencias externas pero que tiene también audiencias internas) realza la responsabilidad con la acción colectiva. En la medida en que me identifico con un grupo, sus objetivos pasan a ser los míos; pero esa misma coincidencia también colabora con la acción colectiva al otorgarme la atención y energía para participar; además, mis fines son los medios de un organizador. Esta fusión de fines y medios en la identidad colectiva explica la razón por la que los participantes pueden sentirse desanimados o amargados cuando un movimiento concluye, a pesar incluso de haber alcanzado sus objetivos declarados (Adams, 2003).

Por último podemos regresar sobre las sensibilidades morales: así como ellas forman las condiciones de fondo para las emociones reflejas (“emociones de fondo”, las llama Nussbaum –2001), son también uno de los logros más duraderos de los movimientos sociales. De la misma manera en que un movimiento puede dejar para los colectivos futuros ventajas tales como un saber-hacer, redes sociales, marcos, y otros soportes de significado, también puede dejar una forma de sentir el mundo sobre la cual puedan constituirse los movimientos posteriores (Jenkins, 1992; Nepstad y Smith, 2001). En Gran Bretaña y Estados Unidos del siglo XIX, la compasión por los animales fue tomada prestada para ayudar a crear movimientos de socorro a los niños pobres o maltratados; en el siglo siguiente el mismo estilo de compasión permitió aplicarse a lejanos sufrimientos alrededor del mundo.

En resumen, las rutinas de la protesta deben ofrecer satisfacciones sobre la marcha, especial-

mente considerando cuan distantes son los objetivos de muchos movimientos. Los placeres de la conversación, el entusiasmo de la interacción, la habilidad para articular instituciones morales, la sensación de estar haciendo la historia, etc.: son satisfacciones que mantienen a los participantes en carrera, independientemente de la probabilidad de alcanzar las metas establecidas. A la inversa, el logro de objetivos intermedios es uno de los más vigorizantes placeres de la participación. Las emociones son parte de un flujo de acción e interacción, no la simple motivación previa para involucrarse o el resultado final; debido a que ellas (especialmente las emociones reflejas y los estados de ánimo) son a veces satisfacciones de corto plazo; a menudo entran en conflicto con metas de mayor alcance, lo que lleva a afligirse, pero este arrepentimiento no es igual a la irracionalidad.

Investigación futura

Las emociones interactúan constantemente entre sí, lo que plantea desafíos a la investigación por fuera de los experimentos cuidadosamente controlados (e incluso los plantea a muchos de ellos). Quizás la interacción más interesante se produzca entre los compromisos afectivos de larga data o emociones morales y las emociones reflejas de corto plazo que los aprovechan como trasfondo. Esta interacción es la clave del shock moral (Young, 2001). Pero los estados de ánimo también filtran nuestras reacciones frente a la información o los acontecimientos. Las lealtades afectivas y las emociones morales también interactúan entre sí, tal como las identidades colectivas con frecuencia son definidas por las morales compartidas, por lo que nuestras emociones morales difieren para los distintos grupos (quizás vemos más rápidamente el fracaso moral en nuestros adversarios que en nuestro propio equipo). También tenemos emociones morales respecto a nuestras emociones reflejas como cuando nos avergonzamos de haber reaccionado de forma inapropiada (Elster, 1999a).

A veces las emociones también aparecen mezcladas (Flam, 2005). La ira matizada con vergüenza moral se diferencia de la ira teñida de indignación, con diferente alcance para actuar. Una combinación de emoción negativa y positiva funciona como batería moral que proyecta la actividad hacia adelante. Necesitamos comprender la retórica y las prácticas que utilizan los organizadores alterando esas combinaciones para promover la acción.

Por otra parte, las emociones se encuentran también secuenciadas (Barker, 2001). Williamson (2011) habla de "cadenas de emoción", proporcionando una dimensión temporal al par encontrado en las baterías morales. Al examinar si las personas regresaban al siguiente año a un campamento *Reclaiming* (un movimiento religioso feminista *new-age*), Williamson descubrió que una ampliación de la esperanza durante las actividades incrementaba la posibilidad de que alguien regresara, mientras que un crecimiento del miedo la hacía disminuir; un aumento inicial del desconcierto también hacía crecer las probabilidades, lo que refleja una común técnica religiosa de reclutamiento. Por el contrario, los cambios en el coraje no tuvieron ningún efecto. Summers Effler (2010) también relaciona las emociones con las trayectorias de grupos de protesta a largo plazo.

Otra dificultad refiere a que podemos "sentir" de formas diferentes; puedo tener sensaciones corporales de las que no soy consciente o sobre las que no sitúo un término verbal (Gould, 2009: 18); puedo también manifestar emociones que no siento (el "actuar superficial" de Hochschild). En este artículo, he considerado a las emociones como si fueran cosas con rótulos claros que reconocemos en su mayoría. A pesar de sus límites, no veo otro punto de partida debido a que como analistas debemos emplear términos lingüísticos; y de hecho, cuando los seres humanos ponen etiquetas a sus propios sentires, estas comienzan a proveerle forma y dirección a sus sentimientos (Barret, 2006). Esto es lo que hacen la cultura y el lenguaje por y en nosotros.

Las emociones pueden ser complejas, pero algo que no debería dificultar nuestro estudio sobre ellas es la escasez de técnicas de investigación. Casi cualquier técnica utilizada para explicar significados cognitivos puede adaptarse al estudio de las emociones. Interpretamos textos, edificios, jardines, rituales, y otros artefactos humanos para apreciar las emociones manifestadas o generadas en público; observamos a la gente interactuando, y a su vez hacemos un registro de audio y video; los entrevistamos y los encuestamos; nosotros mismos participamos para que a través de la introspección podamos observar y reconstruir nuestras propias complejas emociones; les pedimos a los sujetos que lleven un diario de sus sentimientos, o les alenta-

mos a expresar sus emociones actuales; los ponemos en laboratorios o grupos focales para observarlos interactuar con otras personas o computadoras. Uno de los desafíos, al igual que con los significados cognitivos, es alinear los sentires que se muestran con aquellos que son sentidos, y los métodos múltiples son por lo general mejores para ello.

Las emociones son una parte medular de la acción y las decisiones que los analistas ignoramos por nuestra propia cuenta y riesgo. Las acciones, ya se hagan conscientes o no como opciones, se nos presentan junto con una larga lista de riesgos, costos y beneficios potenciales. Debemos incluir estos riesgos, costos y beneficios emocionales porque ayudan a darle forma a las acciones y las decisiones. Estos se excluyeron de las tradiciones racionalistas como demasiado arduos para ser tenidos en cuenta, pero con toda seguridad orientan las decisiones. Si hemos de comprender las acciones emprendidas, necesitamos entender las emociones que las conducen, acompañan y son resultado de ellas. Si los actores políticos se interesan por ellas, los analistas también deberían hacerlo.

Las emociones, libradas del peyorativo dualismo mente-cuerpo del pasado, prometen hacer avanzar nuestra comprensión de los agentes y sus motivaciones. Las perspectivas recientes sobre los movimientos sociales, en Estados Unidos y el exterior, han señalado a las emociones como ingredientes claves en cualquier avance teórico (e.g., Cefai, 2007; Jasper, 2007; 2010z). Ellas prometen una teoría de la acción que equilibre las teorías de la estructura que dominaron la reflexión e investigación sobre movimientos sociales hasta hace poco tiempo. Incluso las así llamadas estructuras –tales como los sistemas de votación, la policía fuertemente armada, o las divergencias entre los adversarios en la elite– operan al menos parcialmente a través de las emociones que despiertan. Así como el giro interpretativo de las ciencias sociales nos ha permitido reconsiderar los mecanismos causales por detrás de conceptos anteriores (Jasper, 2007), una visión emocional nos está ayudando a encontrar mecanismos ocultos por debajo de muchos de los conceptos que hemos dado por sentado durante tanto tiempo.

ANEXO

Algunas definiciones:

Pulsiones: necesidades corporales urgentes que desencadenan otros sentires y otra atención hasta que son satisfechas: el deseo, el hambre, las adicciones a sustancias, la necesidad de orinar o defecar, el cansancio o el dolor.

Emociones reflejas: respuestas algo rápidas y automáticas a sucesos e información, con frecuencia son tomadas como paradigma para todas las emociones, tales como la ira, el miedo, la alegría, la sorpresa, la conmoción, y el asco.

Estados de ánimo: sentimientos energizantes o des-energizantes que perduran a través de diferentes entornos y normalmente se refieren a objetos directos; pueden cambiarse por emociones reflejas, como ocurre durante las interacciones.

Compromisos o lealtades afectivas: sentimientos relativamente estables, positivos o negativos, en relación a otros o sobre objetos, tales como el amor y el odio, el agrado y el desagrado, la confianza o desconfianza, el respeto o el desprecio.

Emociones morales: sentimientos de aprobación o desaprobación (incluidos aquellos relativos a nosotros y nuestras acciones) basados en instituciones o principios morales, tales como la vergüenza, la culpa, el orgullo, la indignación, la furia y la compasión.

Energía emocional: un estado de entusiasmo y agitación generado en interacciones, rituales y exitosos compromisos estratégicos que estimulan la acción posterior.

Shock moral: el vertiginoso sentimiento que se produce cuando un suceso o información muestra que el mundo no es lo que se esperaba, el cual a veces puede llevar a la articulación o el replanteo de los principios morales.

Orgullo y vergüenza: emociones morales de auto-aprobación o auto-desaprobación que suponen un sentimiento de conexión o desconexión con aquellos a nuestro alrededor.

Emociones compartidas y recíprocas: en un grupo formal o informal, las emociones recíprocas son aquellas que los miembros sienten por el otro (como el amor), y las emociones compartidas son aquellas que ellos tienen en común hacia otros objetos (como la ira sobre los adversarios)

Liberación emocional: un conjunto de emociones que destituyen los bloqueos a la protesta, incluyendo un paso desde lealtades afectivas ligadas a identidades e instituciones dominantes hacia otras orientadas a la protesta, emociones reflejas de ira en lugar de miedo, estados de esperanza y entusiasmo en lugar de desesperación y resignación, y emociones morales de indignación.

TEMAS FUTUROS

1. ¿De qué forma las emociones reflejas interactúan o dependen de las emociones de fondo tales como las lealtades afectivas y las emociones morales?
2. ¿Qué emociones se asocian frecuentemente en la acción política?
3. ¿Qué secuencia de emociones encontramos en los compromisos políticos? ¿Cuáles se generan internamente y se controlan por los organizadores, y cuáles reflejan las interacciones de los manifestantes con sus adversarios y otros actores?
4. ¿Qué dinámica emocional nos ayuda a explicar la manera en que los manifestantes lidian con disyuntivas y dilemas estratégicos?

5. ¿De qué manera las emociones de los actores que no son manifestantes –funcionarios electos, policías, adversarios, periodistas, etc– ayudan a explicar cómo se desarrollan los compromisos?
6. ¿Cuáles son las restricciones emocionales sobre los movimientos sociales, incluyendo aquellas generadas por las así llamadas estructuras políticas?
7. ¿Podemos repensar los conceptos centrales de la investigación pasada, tales como recursos materiales, oportunidades políticas, marcos, identidad colectiva, y relatos, con el fin de encontrar el proceso emocional escondido en ellos?

RECONOCIMIENTO

Por sus extensos comentarios sobre una versión anterior agradezco al taller semanal Política y Protesta del Centro de Graduados de la CUNY, especialmente a Agatha Beins, Vince Boudreau, Louis Esparza, Olivier Fillieule, Jeff Goodwin, John Krinsky, Guobin Yang, y Elke Zuern. Kevin Moran proporcionó la necesaria investigación y asistencia editorial.

. Bibliografía

- ADAMS, J. (2003) "The bitter end: emotions at a movement's conclusion", in: *Sociol. Inq.* 73: 84–113.
- ALEXANDER, JC.; GIESEN, B. and MAST, JL. eds. (2006) *Social Performance: Symbolic Action, Cultural Pragmatics, and Ritual*. New York: Cambridge Univ. Press.
- ANDERSON, B. (1983) *Imagined Communities*. London: Verso.
- BARKER, C. (2001) "Fear, laughter, and collective power: the making of Solidarity at the Lenin shipyard in Gdansk", Poland, August 1980. See Goodwin et al. 2001, pp. 175–94.
- BARKER, C.; JOHNSON, A.; LAVALETTE, M. (2001) *Leadership and Social Movements*. Manchester, UK: Manchester Univ. Press.
- BARRETT, LF. (2006) "Are emotions natural kinds?" in: *Perspect. Psychol. Sci.* 1:28–58.
- BENSKI, T. (2005) "Breaching events and the emotional reactions of the public". See Flam & King, 2005, pp. 57–78.
- BEN-ZE'EV, A. (2000) *The Subtlety of Emotions*. Cambridge, MA: MIT Press.
- BEREZIN, M. (2001) "Emotions and political identity: mobilizing affection for the polity". See Goodwin et al. 2001, pp. 83–98.
- BRITT, L. and HEISE, DR. (2000) "From shame to pride in identity politics. In *Self, Identity, and Social Movements*", in: Stryker, S; Owens, TJ; White, RW (eds.) Minneapolis: Univ. Minn. Press. pp. 252–68.
- BROCKETT, CD. (2005) *Political Movements and Violence in Central America*. New York: Cambridge Univ. Press.
- BROQUA, C. and FILLIEULE, O. (2009) "ACT UP ou les Raisons de la Colère". See Traïni, 2009a, pp. 141–68.
- BROWN, W. (1995) *States of Injury*. Princeton, NJ: Princeton Univ. Press.
- BRYM, RJ. (2007) "Six lessons of suicide bombers", in: *Contexts* 6:40–45.
- CALHOUN, C. (1997) *Nationalism*. Minneapolis: Univ. Minn. Press.
- _____ (2001) "Putting emotions in their place". See Goodwin, et al. 2001, pp. 45–57.
- CEFAÏ, D. (2007) *Pourquoi se mobilise-t-on?* Paris: La Découverte.
- COLLINS, R. (1975) *Conflict Sociology*. New York: Academic.
- _____ (2001) "Social movements and the focus of emotional attention". See Goodwin et al. 2001, pp. 27–44.
- _____ (2004) *Interaction Ritual Chains*. Princeton, NJ: Princeton Univ. Press.
- DAMASIO, A. (2003) *Looking for Spinoza: Joy, Sorrow, and the Feeling Brain*. Orlando, FL: Harcourt.
- ECHOLS, A. (1990) *Daring to Be Bad*. Minneapolis: Univ. Minn. Press.
- EKMAN, P; FRISEN, WV and ELLSWORTH, P. (1972) *Emotion in the Human Face*. New York: Pergamon.
- ELIAS, N. (1978) [1939] *The History of Manners: The Civilizing Process*. New York: Pantheon.
- ELSTER, J. (1999a) *Alchemies of the Mind*. New York: Cambridge Univ. Press.
- _____ (1999b) *Strong Feelings*. Cambridge, MA: MIT Press.
- EMIRBAYER, E & GOLDBERG, CA. (2005) "Pragmatism, Bourdieu, and collective emotions in contentious politics", in: *Theory Soc.* 34:469–518.
- EYERMAN, R. (2005) "How social movements move: emotions and social movements". See Flam & King, 2005, pp. 41–56.
- EYERMAN, R and JAMISON, A. (1998) *Music and Social Movements*. New York: Cambridge Univ. Press.
- FERREE, MM. (1992) "The political context of rationality: Rational choice theory and resource mobilization". See Morris & Mueller, 1992, pp. 29–52.
- FLAM, H. (1990) "Emotional man", in: *Int. Sociol.* 5(Part 1):39–56; (Part 2):225–34.
- _____ (2005) "Emotions' map: a research agenda". See Flam & King, 2005, pp. 19–40.
- FLAM, H and KING, D. eds. (2005) *Emotions and Social Movements*. London: Routledge.
- FLESHER FOMINAYA, C. (2010) "Creating cohesion from diversity: the challenge of collective identity formation in the global justice movement", in: *Sociol. Inq.* 80:377–404.
- GAMSON, J. (1995) "Must identity movements self-destruct? A queer dilemma", in: *Soc. Probl.* 42:390–407.

- GAMSON, WA. (1992) "The social psychology of collective action". See Morris & Mueller, 1992, pp. 53–76.
- GAMSON, WA; FIREMAN, B. and RYTINA, S. (1982) *Encounters with Unjust Authority*. Homewood, IL: Dorsey.
- GITLIN, T. (1995) *The Twilight of Common Dreams*. New York: Holt.
- GOODWIN, J. (1997) "The libidinal constitution of a high-risk social movement", in: *Am. Sociol. Rev.* 62:53–69.
- GOODWIN, J; JASPER, JM and POLLETTA, F. (2000) "The return of the repressed: the fall and rise of emotions in social movement theory", in: *Mobilization* 5:65–84.
- _____ (eds.) (2001) *Passionate Politics*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- _____ (2004) "Emotional dimensions of social movements", in: Snow, DA; Soule, SA; Kriesi, H. (eds.) *The Blackwell Companion to Social Movements*, pp. 413–32. Malden: Blackwell.
- GOODWIN, J. and PFAFF, S. (2001) "Emotion work in high-risk social movements: managing fear in the U.S. and East German civil rights movements". See Goodwin *et al.*, 2001, pp. 282–302.
- GORDON, C. and JASPER, JM. (1996) "Overcoming the 'NIMBY' label: rhetorical and organizational links for local protestors", in: *Res. Soc. Mov. Confl. Change* 19:153–75.
- GOULD, DB. (2001) "Rock the boat, don't rock the boat, baby: ambivalence and the emergence of militant AIDS activism." See Goodwin *et al.* 2001, pp. 135–57.
- _____ (2003) "Passionate political processes: bringing emotions back into the study of social movements", in: Goodwin, J. and Jasper, JM. (eds.) *Rethinking Social Movements*. Lanham, MD: Rowman&Littlefield, pp. 282–302.
- _____ (2009) *Moving Politics*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- GRIFFITHS, PE. (1997) *What Emotions Really Are*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- GROVES JM. (1995) "Learning to feel: the neglected sociology of social movements", in: *Sociol. Rev.* 43:435–61.
- _____ (1997) *Hearts and Minds: The Controversy over Laboratory Animals*. Philadelphia, PA: Temple Univ. Press
- _____ (2001) "Animal rights and the politics of emotion: folk constructs of emotions in the animal rights movement." See Goodwin *et al.* 2001, pp. 212–29.
- GUPTA, D. (2009) "The power of incremental outcomes: how small victories and defeats affect social movement organizations", in: *Mobilization* 14:417–32.
- HEISE, DR. (1979) *Understanding Events: Affect and the Construction of Social Action*. New York: Cambridge Univ. Press
- HERCUS, C. (1999) "Identity, emotion, and feminist collective action" in: *Gend. Soc.* 13:34–55.
- HESS, D. and MARTIN, B. (2006) "Repression, backfire, and the theory of transformative events" in: *Mobilization* 11:249–67.
- HOCHSCHILD, AR. (1975) "The sociology of feeling and emotion: selected possibilities", in: Millman, M. and Moss Kanter, M. (eds.) *Another Voice: Feminist Perspectives on Social Life and Social Science*. Garden City, NY: Anchor/Doubleday, pp. 280–307.
- _____ (1983) *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: Univ. Calif. Press.
- HOLMES, M. (2004) "Feeling beyond rules: politicizing the sociology of emotion and anger in feminist politics" in: *Eur. J. Soc. Theory* 7:209–27.
- HONNETH, A. (1995) *The Struggle for Recognition*. Cambridge, MA: MIT Press.
- JAGGAR, AM. (1989) "Love and knowledge: emotion in feminist epistemology", in: Jaggar, AM. and Bordo, SR. (eds.) *Gender/Body/Knowledge*. New Brunswick, NJ: Rutgers Univ. Press, pp. 145–71.
- JASPER, JM. (1997) *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- _____ (1998) "The emotions of protest: affective and reactive emotions in and around social movements", in: *Soc. Forum* 13:397–424.
- _____ (2004a) "A strategic approach to collective action: looking for agency in social movement choices", in: *Mobilization* 9:1–16.
- _____ (2004b) "Intellectual cycles of social-movement research: from psychoanalysis to culture?" in: Alexander, JC; Marx, GT. and Williams, CL. (eds.) *Self, Social Structure, and Beliefs: Explorations in Sociology*. Berkeley: Univ. Calif. Press, pp. 234–53.
- _____ (2006a) "Emotion and motivation", in: Goodin, R. and Tilly, C. (eds.) *Oxford Handbook of Contextual Political Studies*. Oxford: Oxford Univ. Press, pp. 157–71.

- _____ (2006b) *Getting Your Way*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- _____ (2007) "Cultural approaches in the sociology of social movements", in: Klandermans, B. and Roggeband, C. (eds.) *Handbook of Social Movements Across Disciplines*. New York: Springer, pp. 59–109.
- _____ (2010a) "Social movement theory today: toward a theory of action?", in: *Sociol. Compass* 10:1–12.
- _____ (2010b) "Strategic marginalizations and emotional marginalities: the dilemma of stigmatized identities", in: Singha Roy, DK. *Surviving Against Odds*. New Delhi: Manohar, pp. 29–37.
- JASPER, JM and POULSEN, J. (1993) "Fighting back: vulnerabilities, blunders, and countermobilization by the targets of three animal rights campaigns", in: *Sociol. Forum* 8:639–57.
- _____ (1995) "Recruiting strangers and friends: moral shocks and social networks in animal rights and antinuclear protest", in: *Soc. Probl.* 42:401–20.
- JENKINS, P. (1992) *Intimate Enemies: Moral Panics in Contemporary Great Britain*. New York: Aldine de Gruyter.
- KEMPER, TD. (1978) *A Social Interactional Theory of Emotions*. New York: Wiley.
- _____ (2001) "A structural approach to social movement emotions." See Goodwin *et al.* 2001, pp. 58–73.
- _____ (2006) "Power and status and the power-status theory of emotions", in: Stets, JE and Turner, JH. (eds.) *Handbook of the Sociology of Emotions*. New York: Springer, pp. 87–113.
- KLATCH, RE. (2004) "The underside of social movements: the effects of destructive affective ties", in: *Qual. Sociol.* 27:487–509.
- KRINSKY, J. and BARKER, C. (2009) "Movement strategizing as developmental learning: perspectives from cultural historical activity theory" in: Johnston, H. (ed.) *Culture, Social Movements, and Protest*. Farnham: Ashgate, pp. 209–28.
- LALICH, J. (2004) *Bounded Choice: True Believers and Charismatic Cults*. Berkeley: Univ. Calif. Press.
- LASSWELL, HD. (1948) *Power and Personality*. New York: Norton.
- LEBOW RN. (2008) *A Cultural Theory of International Relations*. New York: Cambridge Univ. Press.
- LE COUR GRANDMAISON, O. (2002) *Haine(s): Philosophie et Politique*. Paris: Presses Univ. Fr.
- LEFRANC, S. and SOMMIER, I. (2009) "Les ´emotions et la sociologie des mouvements sociaux." See Trañini, 2009a, pp. 273–93.
- LEVENTHAL, H. and TOMARKEN, AJ. (1986) "Emotion: today's problems", in: *Annu. Rev. Psychol.* 37:565–610.
- LOFLAND, J. (1982) "Crowd joys", in: *Urban Life* 10:355–81.
- LOWE, BM. (2006) *Emerging Moral Vocabularies*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.
- LUKER, K. (1984) *Abortion and the Politics of Motherhood*. Berkeley: Univ. Calif. Press.
- MANN, M. (2004) *Fascists*. New York: Cambridge Univ. Press.
- MANSBRIDGE, J. (1986) *Why We Lost the ERA*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- MARCUS, GE. (2002) *The Sentimental Citizen*. University Park: Pa. State Univ. Press.
- MARCUS, GE; NEUMAN, WR. and MACKUEN, M. (2000) *Affective Intelligence and Political Judgment*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- MARTIN, B. (2006) *Justice Ignited: The Dynamics of Backfire*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.
- MASSUMI, B. (2002) *Parables for the Virtual*. Durham, NC: Duke Univ. Press.
- Mc ADAM, D. (1982) *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930–1970*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- Mc NEILL, WH. (1995) *Keeping Together in Time*. Cambridge, MA: Harvard Univ. Press.
- MELUCCI, A. (1996) *Challenging Codes*. New York: Cambridge Univ. Press.
- MIKA, M. (2006) "Framing the issue: religion, secular ethics and the case of animal rights", in: *Mobilization. Soc. Forces* 85:915–41
- MORRIS, AD. and MUELLER, CM. eds. (1992) *Frontiers in Social Movement Theory*. New Haven, CT: Yale Univ. Press.
- NEPSTAD, SE. (2004) *Convictions of the Soul*. New York: Oxford Univ. Press.

- NEPSTAD, SE. and SMITH, C. (2001) *The social structure of moral outrage in recruitment to the U.S. Central America peace movement*. See Goodwin et al. 2001, pp. 158–74.
- NEUMAN, WR; MARCUS, GE; CRIGLER, AN. and MACKUEN, M, eds. (2007) *The Affect Effect: Dynamics of Emotion in Political Thinking and Behavior*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- NUSSBAUM, MC. (2001) *Upheavals of Thought*. New York: Cambridge Univ. Press.
- OLSON, M. (1965) *The Logic of Collective Action*. Cambridge, MA: Harvard Univ. Press.
- OWENS, L. (2009) *Cracking Under Pressure*. University Park: Pa. State Univ. Press.
- POLLETTA, F. and JASPER, JM. (2001) "Collective identity and social movements", in: *Annu. Rev. Sociol.* 27:283–305.
- RISLEY, A. (2011) "Rejoinder", in: Goodwin, J. and Jasper, JM. (eds.) *Contention in Context: Political Opportunities and the Emergence of Protest*, Stanford, CA: Stanford Univ. Press. In press.
- ROSCIGNO, VJ and DANAHER, WF. (2004) *The Voice of Southern Labor*. Minneapolis: Univ. Minn. Press
- SCHEFF, TJ. (1990) *Microsociology: Discourse, Emotion, and Social Structure*. Chicago: Univ. Chicago Press
- _____ (1994) *Bloody Revenge: Emotions, Nationalism, and War*. Boulder, CO: Westview.
- _____ (2006) *Mobilization and silence: emotional/relational dynamics*. Work. Pap., Univ. Calif. Santa Barbara. Sept. 26. <http://www.soc.ucsb.edu/faculty/scheff/main.php?id=44.html>
- SIMÉANT, J. (2009) *La Grève de la Faim*. Paris: Presses Sciences Po.
- SMELSER, NJ. (1968) "Social and psychological dimensions of collective behavior", in: *Essays in Sociological Explanation*, pp. 92–121. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- SOLOMON, RH. (1971) *Mao's Revolution and Chinese Political Culture*. Berkeley: Univ. Calif. Press.
- STEARNS, PN. (1994) *American Cool: Constructing a Twentieth-Century Emotional Style*. New York: NY Univ. Press.
- STEIN, A. (2001) "Revenge of the shamed: the Christian right's emotional culture war". See Goodwin et al. 2001, pp. 115–31.
- STEIN, A. and PLUMMER, K. (1994) "'I can't even think straight': 'queer' theory and the missing sexual revolution in sociology", in: *Soc. Theory* 12:178–87.
- SUMMERS EFFLER, E. (2006) "Ritual theory", in: Stets, JE and Turner, JH. (eds.) *Handbook of the Sociology of Emotions*. New York: Springer, pp. 135–54.
- _____ (2010) *Laughing Saints and Righteous Heroes: Emotional Rhythms in Social Movement Groups*. Chicago: Univ. Chicago Press.
- TAYLOR, V. (1995) "Watching for vibes: bringing emotions into the study of feminist organizations", in: Ferree, MM. and Martin, PY (eds.) *Feminist Organizations*. Philadelphia: Temple Univ. Press, pp. 223–33.
- _____ (1996) *Rock-a-by Baby: Feminism, Self-Help, and Postpartum Depression*. New York: Routledge.
- TAYLOR, V. and RUPP, LJ. (2002) "Loving internationalism: the emotion culture of transnational women's organizations, 1888–1945", in: *Mobilization* 7:125–44.
- TAYLOR V. and WHITTIER, NE. (1992) "Collective identity in social movement communities". See Morris & Mueller, 1992, pp. 104–29.
- TILLY, C. (2004) *Social Movements, 1768–2004*. Boulder, CO: Paradigm.
- _____ (2008) *Contentious Performances*. New York: Cambridge Univ. Press.
- TRÀINI, C. (2008) *La Musique en Colère*. Paris: Presses Sciences Po.
- _____ ed. (2009a) *Emotions. . .Mobilisation!* Paris: Presses Sciences Po.
- _____ (2009b) "L'Opposition à la tauromachie". See Tràini, 2009a, pp. 193–213.
- VOSS, K. (1994) *The Making of American Exceptionalism*. Ithaca, NY: Cornell Univ. Press.
- WARREN, MR. (2010) *Fire in the Heart: How White Activists Embrace Racial Justice*. New York: Oxford Univ. Press.
- WETTERGREN, A. (2005) "Mobilization and the moral shock". See Flam & King, 2005, pp. 99–118.
- WHITTIER, N. (2009) *The Politics of Child Sexual Abuse*. New York: Oxford Univ. Press

WILLIAMSON, E. (2011) "The magic of multiple emotions: an examination of shifts in emotional intensity during the reclaiming movement's recruiting/training events and event reattendance", in: *Social. Forum* 26:45-70.

WOOD, E.J. (2003) *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*. New York: Cambridge Univ. Press.

YANG, G. (2000) "Achieving emotions in collective action: emotional processes and movement mobilization in the 1989 Chinese student movement", in: *Sociol. Q.* 41:593-614.

YOUNG, MP. (2001) "A revolution of the soul: transformative experiences and immediate abolition". See Goodwin et al. 2001, pp. 99-114.

Recursos relacionados

HOGGETT P. (2009) *Politics, Identity, and Emotions*. Boulder: Paradigm.

JAOUUL N, BLOM A, eds. (2008) "Outrage Communities: Comparative Perspectives on the Politicization of Emotions in South Asia", special issue of *South Asia Multidisciplinary Academic Journal*. <http://samaj.revues.org/index234.html>

NORGAARD KM. (2011) *Living in Denial: Climate Change, Emotions, and Everyday Life*. Cambridge, MA: MIT Press.

SHAYNE J. (2009) *They Used to Call Us Witches: Chilean Exiles, Culture, and Feminism*. Lanham: Lexington.

SOMMIER I. (2010) "Les états affectifs ou la dimension affectuelle des mouvements sociaux", in: Fillieule, O; Agrikoliansky, E. and Sommier, I. (eds.) *Penser les Mouvements Sociaux*. Paris: La Découverte, pp. 185-201.

Citado.

JASPER, James (2012) "Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación" en: *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*. Nº10. Año 4. Diciembre 2012-marzo de 2013. Córdoba. ISSN: 1852.8759. pp. 48-68. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/222>

Plazos.

Recibido: 27/07/2012. Aceptado: 10/08/2012.